

contento, dijo el secretario; dígalo usted con verdad, pues ve me fio de ella. Señor, yo bebí cinco tazas sencillas, que á buena cuenta tocan á usted las dos y media, y media por haber incurrido, son tres. No son sino dos y media, replicó. Si son; y de unas razones en otras se empeñaron, con que dándole un sopapo nuestro licenciado, se alborotó el cortijo; y el archipobre voceando: Resistencia y ayuda al colegio, acudieron todos. No lo apaciguaron tan á solas que no se hallaran dos ministros de alguacil que habian salido á caza de gangas, y topando esta, se metieron á desplumarla, los cuales asiendo de nuestro licenciado, y del Sargento, que estaba amostazado hasta las narices, los quisieron llevar adonde la sal es lo mejor que tiene; pero reconociéndole las faldriqueras á Vireno, le hallaron el bolsillo, que ellos dijeron ser hurtado y que conocian al dueño, y que se le habia de acordar; mas dándoles dos empujones de buen aire, se les escurrió, acogiéndose

á los palacios de Castellán de Amposta, donde se aseguró de aquel riesgo.

Estuvo en este palacio hasta la noche, que salió con intento de verse con Olimpia y trazar el modo que tendria para cobrar los veinte del préstamo ya referido. Por las mas ocultas calles que pudo se fué á su casa, y hallándola cerrada, admirado preguntó á los vecinos la causa, y fuéle respondido estar la madre y las hijas presas y muy apretadas, la madre por tercera, y las hijas por primas de la música de Cupido; y que juntamente habian preso á otra dama por haber sido la total ruina de un hombre casado, llamada Tirse. No quiso saber mas nuestro licenciado, y yendo á su posada, dijo que se quedaba á cenar con un amigo, ausentándose de Zaragoza sin gasto de carruaje, por poder decir con verdad lo del caracol: *omnia mea mecum porto*; ofreciendo, si acaso me escribe sus travesuras, dar fin con sus hechos en la segunda parte.

EL HERMANO INDISCRETO,

POR DON DIEGO DE AGREDA Y VARGAS,

NATURAL DE MADRID.

GRANADA, la mas insigne ciudad de España, tanto por sus magníficos y suntuosos edificios como por la copiosa muchedumbre de ciudadanos que la habitan, acompañados de serafines que en forma humana gozan del mas amable privilegio de naturaleza, conocida y reputada generalmente por paraíso de España, cuyos amenos carmines exceden los jardines hibleos, los celebrados pensiles de Persia; hechizo general de forasteros, donde con agradable emulacion igualmente compiten los estimables dones del cielo, salubres aires, abundancia, riquezas y hermosura, centro de grandezas y comodidades, que bastaran á hacer opulento y amable al mas célebre reino del orbe. En esta ciudad, ó mas propiamente paraíso de deleites, vivia un caballero mayorazgo, cuyo nombre era don Alonso de Vargas, de moderada hacienda y grandiosa virtud, tan adornado de la librea de la muerte, cuanto desengañado de la inconstante fragilidad de las humanas miserias, y con la certidumbre del fin del destierro, como prudente, prevenia el cierto como temeroso camino, la forzosa y estrecha cuenta del recibido talento. Gozaba de una hija y un hijo, cuyo nombre era don Juan, y el de ella doña Isabel, siguiendo el apellido de su padre; eran el único consuelo de sus cansados años, que como vivas imágenes de su alma representaban en su vista la agradable prorogacion de la frágil naturaleza, de los hombres tan deseada, siendo ellos generalmente amados por la buena memoria de sus progenitores, y doña Isabel particularmente por su honesto recato y prudencia, como él por su cortesía y buenas partes; porque si en la ciudad se ofrecian fiestas, era el regocijo de ellas; si disensiones, el que á costa de su comodidad y hacienda las componia y ajustaba; y finalmente, era cortés, liberal y cumplido con sus amigos é iguales, familiar y pródigo con los inferiores, con que llegó á ser un general hechizo de las voluntades. De la suya dependian las mas grandiosas y humildes; en ella, sobre una conocida virtud, competian cordura, recato, hermosura y agrado, causa de que cuando se ofrecia ha-

blar de sus méritos, todo era en sus alabanzas, tan justamente merecidas.

Frecuentando don Juan, como es ordinario, la conversacion y trato de otros caballeros mozos, hizo particular amistad con uno, que se llamaba don Diego Machuca, descendiente de aquel famoso que en la conquista de Sevilla por la falta de la espada hizo con el ramo de olivo tan valerosos hechos; y como suelen ser unas mismas las cosas que los afectos dictan en iguales años, no se hallaban un punto divididos, juntos gozaban de los entretenimientos, si no forzosos, mas comunes á la juventud. En el discurso de esta amistad don Juan dió cuenta á su padre y hermana de la que con don Diego profesaba, y el buen viejo, que conocia la virtud y calidad del caballero, que cuando acompañan á un sugeto de pocos años son dignas de veneracion, y mas en este siglo, donde la juventud hace gala de los vicios, de que debiera afrentarse. Aprobó don Alonso el buen acierto; rogóle que lo continuase, y dejándole á solas con la hermana, se retiró á su cuarto; y don Juan, como uno de aquellos á quien la falta de que hablar suele hacer notable daño, prosiguió indiscretamente encareciendo los merecimientos de su amigo, bazarria, liberalidad y discrecion, pintándole el mas perfecto caballero del mundo; de modo que la vana curiosidad, tan peligrosa en las mujeres, despertó en doña Isabel el deseo de verle, llevada de la novedad de tanta perfeccion, que la que mas recato profesa, pocas veces ocasionada sabe librarse; y así, á las doncellas es imprudencia alabarles hombres, sino mujeres que estén en opinion de virtuosas, cosa que raras veces causa envidia, porque loarlas, en presencia de damas, de bizarras, entendidas y hermosas, en el mas estrecho parentesco viene á ser grosería, y en la mas entendida engendra sospecha de algun desprecio, cosa que notan con particular cuidado, dándose por ofendidas del mas pequeño descuido, y calificando por imprudente al que en algo falta de la que tienen recibida por ley de cortesía; pues disimulando como saben en las ocasiones, que en esto llevan notable veu-

taja á los hombres, respondió que se holgaba mucho de verle tan bien empleado; porque demás del crédito que á él se le debía, le tenía en el debido lugar desde el punto que vió la aprobación de su prudente padre; y que así le rogaba la continuase, y el lo prometió así, y prosiguió diciendo que era tanto lo que lo deseaba, que gustara que su amigo fuera á propósito para que el estrecho lazo de parentesco enlazara el de su correspondencia; á quien ella, adornado el rostro de las afectuosas colores, de que con mucha facilidad se valen en los tiempos que les parecen á propósito, representándolos tan vivos, que pocos hombres, aunque advertidos de su inconstancia, hay que no los crean, y no obstante que deseaba lícitas ocasiones de su visita, respondió: Señor y hermano, no hubiera cosa hoy en el mundo que estando dependiente de mi albedrío no la remitiera á vuestro gusto, así por lo que yo os amo como por vuestros merecimientos; pero ni yo estoy en edad de semejantes ocasiones, ni cuando lo estuviera, tengo dispuesta la voluntad; porque desde el punto que pude hacer en mi elección, la tengo dirigida á mejor esposo, si ya nuestro padre, como verdadero dueño de mi disposición, no ordenase otra cosa; que según la voluntad con que me hace merced, creo que por ser tan justo el intento mio, no le opondrá el estorbo de su mandamiento, y mas teniendo, como tiene, á quien dejar en su lugar por cabeza y señor de su casa. Replicó él diciendo que lo propuesto era solo gastar el tiempo en lo referido como se había de gastar en otra cosa, que llegando el de su determinación, hablaba con la cordura que de tanta virtud y entendimiento podía esperarse, dejando su elección dependiente del acertado juicio de su padre, de lo que él se sentía nuevamente obligado. Y despidióse diciendo que esperaba en Dios que conociese algún día, ya que en todo le parecía imposible, alguna pequeña parte de sus deseos, dejándola con muchos de ver el alabado caballero. El se fué á buscar á don Diego, á quien dió larga cuenta del pasado coloquio, pintándole á su hermana, su hermosura, discreción y intento; y él muy agradecido á tanta merced, procuraba mostrarse con corteses palabras; y siendo del amigo igualmente correspondido, los dos se dieron por satisfechos.

Representándole á don Diego su imaginación la hermosura de doña Isabel, junto con la ocasión que de servirla se ofrecía, solicitada mas de su próspera fortuna que de su diligencia, animábale la igualdad que entre los dos había para facilitar toda ocasión amorosa que á su propósito pudiese ofrecerse; y así, propuso en su ánimo de remitir á la vista lo que la fama decía, y prosiguiendo en varias pláticas la conversación, su amigo se apartó de él, que, como si le importara la vida, hizo una amplia relación á su hermana de lo que con don Diego había pasado, torciendo á fomentar el fuego que había encendido el viento de sus indiscretas palabras. Ya solo pensaba cómo sin ofensa de su recato podría verle, y ofreciéndosele mil imposibles, solo le servían de tormento viendo tan léjos el efecto de su pre-

tension, que en las mujeres tiene la aprensión de lo que aman ó aborrecen notable fuerza, dejándose oprimir de la furia de los afectos. Pues don Diego, que combatido de pensamientos varios le proponía su deseo diversos caminos, vino á dar en el que por nuestros pecados en estos tiempos es ordinario, que es verla en una iglesia, cosa mal entendida y peor remediada, y en esta ocasión. De una noble y honrada doncella, en cuyo sugeto no se podía esperar sino justas y honestas pretensiones, aunque no es lícito, parece menos culpable; pero esto anda tan libre, que con las que en sus casas por su pública desenvoltura no tienen dificultad ni inconveniente, hace gala la juventud de que en los templos se vea su pública libertad é irreverencia. ¡Ay de los magistrados y eclesiásticos que lo consienten!

Aguardó don Diego con cuidadoso desvelo á que fuese día de fiesta; puso espías á don Juan, aguardando á que saliese de su casa, y luego fué á buscarle por tener mas ocasión de informarse de los criados; y ofreciéndole la fortuna la que deseaba á su propósito, encontró con uno á quien preguntó por él, y diciéndole que había salido fuera, replicó que adónde le podría hallar, si acaso, como era justo, iba acompañando á mi señora doña Isabel, porque sentiría que le dejase por otra compañía; á que él respondió que don Juan huía de su compañía, porque la oía su señora en aquel monasterio de enfrente, y que su padre le acompañaba como uno de sus escuderos, y que esto solía ser tan temprano, que ella y el alba se levantaban á un tiempo; que hoy ignoraba la causa de su detención, juzgándolo él á favor de su fortuna; y por no dar sospecha con tantas informaciones, se despidió diciendo que le importaba hablar á su amigo don Juan. Dijo el criado que le avisaría para que le buscase y cumpliese con sus obligaciones, que es el primero que deseó cumplir las de su dueño, que suelen hacer aborrecibles, y particularmente á los señores; y así, deben procurar que sus criados sean generalmente corteses y agradables, y el mejor modo de que lo sean es que no vean lo contrario en ellos. Despidióse, y aguardando á que saliesen de casa, como que volvía á proseguir la propuesta diligencia, entró en la iglesia, donde al descuido, mientras hizo oración, fingiendo que no los veía, elevado en la prodigiosa hermosura de doña Isabel, fué mas larga de lo que semejante ocasión pedía. El padre y la hija, que no quitaban de él los ojos, alababan la buena elección de don Juan, confirmando con nuevo crédito la opinión que de él tenían; y como los afectos amorosos son un rayo á cuya imitación dan en la vista, y dejándola sana rompen y sujetan el corazón, ó según otros, conformidad de aspectos, y mas propiamente de la juventud é igualdad para trazar la comodidad propia, que hoy está el mundo de manera, que hay pocas voluntades que no sea este el principal blanco de su intento, si bien los hombres con la natural libertad que naturaleza les concedió son mas fáciles en el amar si menos firmes; y las mujeres por el contrario, oprimidas del freno de la vergüenza, son mas tardas; pero forzadas de la pasión y resueltas, son mas firmes

en su determinación, rompen mayores dificultades é imposibles, porque no les concedió naturaleza que variasen en la elección ni que segunda vez probasen su fortuna, poniéndoles por freno de su fragilidad la común desestimación que por el perdimiento del honor adquieren, que no hay amor que lo sufra, ni obligaciones que la sobreleven. A un tiempo heridos los dos de la venenosa flecha, al descuido se miraban, cuando el anciano padre, rompiendo el silencio de los amantes, llamó á don Diego, preguntándole la causa de honrar sus barrios, y asimismo de no le haber hablado, á quien él, después de los debidos cumplimientos que el lugar requería, ofreciéndose criado de la que ya era dueño de su alma y por aficionado servidor suyo. Doña Isabel, con mucha cortesía, pocas palabras, variación de colores, le dió las debidas gracias, y prosiguió don Diego: Señor mio, prendas vuestras son causa de que yo goce del gusto de acudir á vuestros barrios, obligado de la que del señor don Juan recibo, que pudiera obligarme el no carecer de ella, no á tan corto viaje, sino á pisar los mas remotos climas, á navegar los mas procelosos mares, sin que mi amor dejara de trocar todas estas dificultades en contentos y descansos procedidos de su compañía. Desde esta mañana ha que le buseo, que he juzgado por siglos los instantes de su ausencia, casi celoso, que sufre este lenguaje tan verdadera amistad, de la causa que pueda divertirle de la mia; y así, no sosiego hasta que le vea, ni le tendré hasta que tenga de él larga relación de lo que digo; y prendas vuestras son, señor, las que en la presente ocasión han dado causa á que muestre algun género de remisión en mis obligaciones, á que hubiera acudido desde el punto que entré en esta iglesia, que os vi desde que entré en ella. Mas viendo á vuestro lado á mi señora doña Isabel, no me atreviera á besaros las manos, si no fuera con el apremio fuerte de vuestro mandamiento. Esta misma causa lo ha sido de que en vuestra casa no busque á mi amigo, que aunque me pudiera dar osadía el lugar que ha dado á mis pocos merecimientos, y la merced con que sé que honrais siempre á los que se precian de vuestros, es cortedad mia, de que en primer lugar os pido perdón, el usar con moderación de las mercedes de los amigos.

Quedó la dama suspensa y obligada del cortés razonamiento, y tan rendida, que solo trazaba en su imaginación de verse á solas con su querido don Diego; y dejando el lugar á la venerable presencia de su padre, que alegre de verle tan entendido, como de la elección de su hijo, le respondió: Grandes son las obligaciones que tengo á mi hijo por la obediencia grande que siempre me ha mostrado, por las pocas pesadumbres de que me ha sido causa, por la afable cortesía con que como galán sirve á su hermana, dirigiendo las demás, y esta acción á mi gusto, sabiendo que es ella la cifra de todas en las que puede agradarme; y cuando creí que no pudiera obligarme mas, hallo que los juicios humanos yerran, pues me hallo mas obligado á ver el buen acierto de haberos escogido por amigo, de

que puedo decir que se le puede tener envidia; si la hermosura es carta de recomendación del cuerpo, las palabras cuerdas lo son del alma; ved cuánto será mas estimada la de tan poderoso superior. Estimo en tanto vuestra cordura, que hallaréis en mí el amor igual que á don Juan debo, y sentiré que no se ofrezcan muchas ocasiones en que experimenteis que mis palabras salen de mi corazón, y de aquí adelante tendré por frivola la excusa de vuestra cortedad en visitar mi casa, que haré mucha estimación de que acudais á honrarla, no solo por ser amigo, sino por mí, que quiero que me tengáis en el número de los que mas os estiman. Dijo entonces doña Isabel: Y yo también os lo suplico, tanto por mi propio interés como por el gusto que conozco en don Alonso, mi señor, que estimo en el grado que en mis obligaciones piden. Don Diego con notables muestras de agradecimiento estimó á padre y á hija tan notable merced, teniendo á felicísimo suceso la recomendación de la que tenía su voluntad escogida por señora de su alma. Y estando en esto, vino don Juan, que había sabido que su amigo le buscaba, y hallándole como digo, le dió breve cuenta y disculpa de su ausencia, y prosiguiendo le dijo: Vuestras cortedades pienso que han de ser quien acabe nuestra amistad; quejoso estoy que useis conmigo de cumplimientos, cosa entre amigos tan excusada. Y él prometiendo la enmienda que sumamente deseaba, se fueron acompañando á doña Isabel, que con cuidadoso recato no quitaba los ojos de don Diego, siendo igualmente correspondida; y despedidos los dos con las debidas ceremonias, sin un punto de sosiego, se valió don Diego de un paje que don Juan tenía, de quien se fingió pariente, por llevar adelante su intento. Pues el paje, agradecido del nuevo parentesco, que no hay nadie que, aunque sepa lo contrario, excuse lo que le está bien, prometió en su servicio grandes imposibles, no perdonando la vida y otros impertinentes encarecimientos, nacidos siempre mas de propio interés que de verdadero amor. Doró su yerro el pretendiente, facilitando con semejante diligencia, tanto su parentesco como su pretensión. Sucedióle á este criado lo que á algunos maridos, que viendo aparecer en sus casas, no lo que sufre su caudal, sino lo que no se pudiera juntar entre todo su linaje, siempre dan crédito á su buena fortuna. Quedó entre los dos concertado que este negocio, por el peligro que tenía, se tratase con mucho recato, porque los principios son los que verran ó aciertan los mas importantes casos. El ofreció que iría descubriendo tierra y avisando de las ocasiones en que sin peligro pudiese presentarse á sus ojos y darse á entender que, ganada la puerta de la comunicación, tiene facilidad ganar la del alma; despidieronse, y pasáronse algunos días, en que con los avisos del criado gozó don Diego la comunicación y honestos favores de doña Isabel; y llevando los dos el intento que deben, los igualó la suerte, aunque ella le parecía cosa fácil por la disposición que juzgaba en quien le tocaba la suya. Con todo eso dilataron que la pudiese á su padre hasta mejor ocasión que la presente.

Don Juan, obligado de la frecuencia del amigo y de verle acudir sin gusto á las mocedades que antes solia, el oír en su hermana tantas alabanzas, y algunas sin tiempo, que en los que bien se quieren es imposible la disimulacion, causó en él tan fuertes sospechas, que juzgándolas por ciertas, solo sentia que don Diego no le hubiese dado parte; que cuando hay igualdad, no es agravio de amistad verdadera enlazarla con parentesco, y si puede haber alguno, es el ocultarlo, que en caso que estén bien, deben los que son cuerdos anteponer á sus amigos. Con esta sospecha andaba cuidadoso de su casa, colgado de sus palabras, examinando sus pasos, que don Diego con mucho cuidado procuraba divertirle y asegurarle. En la ciudad era público este caso, porque estos recelos habian despertado la vana curiosidad de algunos que en las repúblicas, sin que les importe, no dejan vivir á nadie, y son la gente mas perniciosas de ellas, causa de escandalosos alborotos. En este tiempo sucedió un caso, que acabó de declarar este negocio, y dió fin á la amistad de estos dos amigos, siendo causa de muy penosos sucesos; y fué que en honra y fiesta del Precursor divino en la ciudad se corrían unos toros, cosa por cierto bárbara y mal entendida en hombres políticos y cristianos, y peor que la apliquen en servicio de los santos, que es cosa cierta que se ofenden con todo aquello que se desirve la Majestad divina, á quien es certísimo que no agradan por la multitud de almas que en semejante caso se ponen á peligro. Si bien esta fiesta podia permitirse que se hiciese con gente de á caballo, por ser de menos peligro y porque los caballeros mozos se ejerciten.

Después que la plaza estuvo adornada de varios y lucidos colores y del mas precioso adorno de las ciudades, que son las damas, cuya hermosura emulaba la misma nobleza, aventajándose entre todas doña Isabel del modo que se aventajaba el sol á las estrellas, entraron en ella don Diego y don Juan en gallardos caballos lucidamente enjaezados, acompañados de muchos lacayos, vestidos de bizarras y vistosas libreas, llevándose generalmente los ojos del vulgo y de las damas, particularmente de sus dueños; que cuando no hubiera esta ocasion, los regocijos públicos obligan á los caballeros que los honren y solemnizan; que por eso sus repúblicas les dan en la ocasion el lugar que se les debe, y los nobles, como sea para fin honesto, es muy bien que sirvan damas, porque los hace cortesanos, entendidos, liberales, animosos y de grandiosas acciones, y con el mismo intento lo permiten los príncipes en sus palacios. Entraron tambien algunos de los que en las ciudades ayunan un año por hacer un día de estos un acto caballeroso. A este propósito dijo un famoso predicador en una fiesta que hacia un hombre, que en materia de su vida no se tenia muy buena opinion; vióle en el discurso del sermón pintado en un retablo de rodillas y muy devoto, y hablando con él, le dijo: Fulano, ó vivir como os pintais, ó pintaos como vivís. Ciudadano honrado, que quizá vuestros abuelos fueron oficiales, si no podeis vivir como os pintais, por-

que no sois caballero, ¿para qué os pintais en la plaza como tal? ¡Qué! pintaos como debeis, y vivid como nacisteis, ahorraréis de costa y murmuraciones, y tendrá cada cosa su lugar.

Así como don Diego y don Juan se vieron cada uno con una banda atravesada por el pecho, insignia de su empleo, que el don Juan servia á cierta dama doncella, cuyo nombre era doña Ana, con quien de secreto estaba desposado, y porque don Juan le habia dado cuenta, era de don Diego conocida. Esta era hermana de otro caballero muy amigo de los dos, cuyo nombre era don Sancho, con cuyo consentimiento se habia efectuado el desposorio, y por gusto de don Juan gustaba que estuviese secreto, porque, aunque iguales en calidad, no lo era en bienes de fortuna. A este, por ser forzoso, dió parte don Diego del justo fin del empleo de doña Isabel, valiéndose de su favor, porque ella visitaba como particular amiga á su hermana, que tambien con tal confianza habia comunicado con ella sus deseos y secreta correspondencia que con don Juan tenia; y siendo pagada de doña Isabel con darle parte del suceso, algunas veces, como por modo de visita, con ocasion de venir á buscar á su hermano, habia hablado á doña Isabel, á que el mismo don Sancho, sabiendo lo que pasaba, habia dado lugar, deseoso de enlazar con tal parentesco la amistad de los tres. Sucedió que, así como los dos se vieron, salió don Juan de toda sospecha, creyendo con certeza que don Diego le solicitaba la hermana, porque reconoció que la banda, aunque no era suya, era de sus colores, y que don Diego en otras ocasiones no usaba de ellas, y haciendo memoria de lo pasado, confirmaba lo presente, determinando, aunque desobligado de su proceder, obligado de su amistad, dar cuenta á su padre; y pues que á todos estaba bien que se efectuase, y después de esta prudente determinacion, incitado de su ira, ocasionada de su desengaño, decia consigo mismo: ¿Seré de tan poco valor que como si fuera tierna doncella he de dar cuenta á mi padre para que remedie las cosas que me tocan, como es la injuria del que con la capa de amistad quiso cubrir su deseo sin darme cuenta, ya que no por la engañosa correspondencia, por dueño de la prenda? ¿Pasaré por el perdido respeto de la que sin mi gusto pretendió casarse, que es al fin mi hermana, y no puede entenderse, ni es justo creer otra cosa? Mas en las que tienen sus obligaciones, aunque elijan igual compañía, es cosa indigna dar oídos á su disposicion, si no es por el gusto y eleccion de sus deudos. Viven los cielos, que hasta que de los dos tome la debida satisfaccion, junto con los demás que hallare culpados, que no se ha de saber mi intento, ni aunque me aventajase con el parentesco del mas poderoso príncipe; ni le estimo ni le quiero; que los caballeros no han de pasar por cosa que, aunque para sí queden satisfechos, no tengan sus mayores enemigos general satisfaccion; que toda la ciudad debe ya de estar llena de este suceso; que siempre son públicos los que han de dar disgusto. Dió vuelta á la plaza, donde después que salió á ella un

valiente toro, que escarbando la tierra la arrojaba al cielo, prevenidos los dos amantes de rejonés, él se retiraba, no temeroso, sino previniendo la ejecucion de su furor. Paróse delante de la ventana donde las dos amigas veian las fiestas, deseando cada uno mostrarse en la ocasion que tan á propósito habia ofrecido la fortuna, y ellas temerosas del suceso por la ferocidad del animal, y toda la plaza en una muda suspension, sucedió que determinándose el toro, arremetió con don Juan, que le aguardaba cuidadoso. Pues don Diego, viendo que no podia mostrarse delante de su dueño, tomando ocasion de favorecerle, se metió en medio, haciendo una suerte tan á su salvo, que así como se retiró el irracional con la furia de la muerte, cerró con don Juan, que colérico de verse defraudado de la ocasion que su fortuna le ofrecia, y mas furioso de saber la causa, estaba tan descompuesto y fuera de sí, que aunque con el repentino acontecimiento procuró prevenirse, no fué posible; salió tan mortalmente herido el caballo, que él sin culpa suya desocupó la silla, y cuando quiso, como le tocaba intentar la venganza, ya el toro, falto de los vitales espíritus, media con el valiente cuerpo la arena; fué el efecto de su ira furioso, considerando que ya el vulgo murmuraba la causa; que las acciones públicas son insufribles, y no lo menos de temer en ellas lo que se dice; y procurando disimular su enojo, como el que pensaba satisfacerle, al contrario de aquellos que, buscando lo que les falta, desean las ocasiones donde pueda haber impedimento, para solo adelantar las palabras.

Llegó don Diego á su socorro, á quien él con razones equívocas dió gracias del cuidado, que no dejó á los demás poco sospechosos. Acabadas las fiestas, tratando del suceso con algunos amigos que culpaban su cólera, abonando la intencion del amigo, dijo que con evidencia conocia su desgracia, pues le estorbó quien deseaba ayudarle, y que la opinion puesta en opiniones estaba muy cerca de perderse. Entró en esto don Diego diciendo: Hanne dicho, don Juan, que teneis queja de mí, cosa que, si fuese cierta, conocerá mi voluntad por notorio agravio y contraria al deseo que siempre mostré de servirlos, que nuestra amistad creí yo que estribaba sobre mas firmes fundamentos; perdonadme si hablaros así es ofenderos. A quien don Juan, mudando el color del rostro, respondió: Bien fueran excusadas vuestras razones; que si tengo ó no sentimiento, sé cuando quiero declararlo; que si no publico como los demás vuestras alabanzas, es por no recibir de nuevo mayor injuria; que aunque no puede llamarse el recibido, agravio, permitido es á los amigos el sentir las sinrazones, siquiera para excusarlo; y si gustais, se quede aquí esta plática, por ofenderme, como es justo, la memoria de mi descuido. Metiéronse los amigos de por medio, al modo de algunos que con la paz indiscretamente alteran las mas sosegadas voluntades, á quienes don Diego replicó: ¿Es posible que tan poca experiencia tengais hecha de mi amistad que oiga yo semejantes palabras? Don Juan le dijo: Las obras son los ver-

daderos afectos del corazón; un golpe de popular aplauso rompe la correspondencia mas firme, y pueden los amigos adelantar su opinion sin ofensa de la ajena, porque el mas verdadero modo de alabanza es adquirir gloria en la propia virtud. En fin, si no me engaño, todo el rodeo de vuestras razones, dijo don Diego, tiran á decir que os ofendí, no porque en mí halleis culpa, mas porque, segun veo, deseais hallarla; y si esto es deseo de que se desbaga nuestra amistad, no le busqueis, sino reportaos, considerando que os soy amigo. No sé si tenga de vos la misma opinion, porque el que no se fia del que lo es, él mismo se hace sospechoso; y tenedme por tan leal, que si tuviera ocasion ó pensamiento de ofenderos, excusara las satisfacciones. Pues don Juan, que no deseaba sino esta ocasion, respondió á las postreras palabras de tan honrosa satisfaccion. Cuando fuera importante á mi honor, la supiera tomar del que se juzgue por mas valeroso, que sé mejor satisfacerme de caballero á caballero que con el toro. No sé qué os diga, dijo don Diego, sino que debeis desear romper del todo. Tornáronse los amigos á poner en medio diciendo que eran sin fundamento tantas palabras. Estando las cosas con tanta igualdad, advirtieron á don Juan que era muy apasionado modo de proceder; y él dijo á los que le reprendian: Pensad lo que quisiéredes, y culpadme; y volviendo el rostro á mirar á don Diego, prosiguió: Yo buscaré ocasion en que se declaren dudas; á quien él replicó: En las que buscáreis, conoceréis que iguala mi valor á mi cortesía. El se fué furioso, sin que bastasen á tenerle, y reportando á don Diego, le ofrecieron el mismo oficio con don Juan, á quien él rogó que en ningún modo metiesen la mano en nada, porque ocasiones comenzadas, aunque en sí importasen poco, de no fenecerlas podrian nacer penosos disgustos. Dejóle solo, y él confuso y melancólico, pensando en lo que habia sucedido, entró el criado de doña Isabel, y le dijo cómo su señora iba de visita esta tarde á las cuatro en casa de doña Ana, la hermana de don Sancho, que no perdiese la ocasion; á quien él se mostró agradecido con palabras y generosas dádivas, que suelen no consentir descuido en semejantes embajadas. Apenas habia pasado esto, cuando entró un paje á decirle que don Juan queria hablarle, y el criado, por no ser visto, se despidió; y como criado, deseando llevar las nuevas, cuya falta es bien ordinaria, y pienso que mayor la de los que las escuchan, se quedó oculto á escuchar lo que resultaba, porque ya eran públicos sus disgustos. Entró él con la cortesía que es justo en los caballeros en la ocasion de mas aprieto, y dijo: Los hombres nobles es bien que procuren siempre que sus palabras y obras lleven por blanco la verdad, porque desdicen mucho de su nobleza los que se obligan á decir con sus corazones lo que contradicen con sus obras. Y recompénsase mal una ofensa pública con una compuesta arenga, y para mí y para todos los que sienten bien de las cosas, es forzoso que como caballeros lo determinen en el campo las espadas. Y así, esta tarde, á las cuatro de ella, os aguar-